

## Capítulo I

Una vorágine de pensamientos se habían comenzado a agolparse en su mente mientras observaba el enorme mar de arena que ante él se manifestaba. De un semblante enérgico, ojos claros pero muy fríos, pelo corto y canoso. Bastante robusto, alto, de miembros vigorosos movidos por músculos de hierro a pesar de rondar ya los cincuenta años. Lucía una boina negra que constantemente tenía que acomodarse debido a la fuerte brisa que recibía por viajar en el asiento trasero del vehículo.

—¿Estás seguro de qué sabes en verdad llegar hasta dónde se encuentra nuestra división Mayor?

—¡Por supuesto! —Aunque ya te lo dije, debes de tener un poco de paciencia —le contestó un ser de cuarenta y cinco años, bastante efusivo como alegre. Miraba la vida de una forma diametral opuesto a su compañero que venía atrás. Portador de una frente amplia, cabello oscuro, ojos perspicaces los que denotaban una innata intrepidez la que ya había puesto a prueba en muchas ocasiones.

—Eso ya nos dijiste hace veinte minutos y aún no observamos nada. Solo aquellas montañas de piedra del fondo.

—Descuide Mariscal. Todo lo tengo bien controlado.

—¡Mientras que no sea como aquella última vez! —le contestó otro personaje que lo iba acompañando en los asientos delanteros del veloz vehículo. Lucía un uniforme verde como sus dos compañeros. Era alto, bien formado con los ojos casi horizontales, nariz recta y de abundante cabello negro y lacio el cuál, protegía del aire inclemente como del sol, no con una boina sino con un pañuelo blanco con varios símbolos orientales.

—Si piensas que puedes sacarme de mis casillas con tus sarcásticos comentarios, déjame decirte que pierdes tu tiempo mi estimado capitán Ikuro. Recuerda que yo también conozco de yoga como de meditación.

—¿Y por casualidad algo de navegación?

— ¡Por supuesto!

—Oh, oh.

—¿Podrías explicar lo que quieres decir con ese oh, oh? —expresó el Mayor volviéndolo a ver atentamente.

—A qué esos aviones que se nos aproximan no son nuestros —repuso Ikuro señalándolos.

—Rápido, toma a la derecha —dijo el Mariscal.

—¿No se suponía que nuestros amigos norteamericanos eran los que se iban a encargar de eliminar toda la resistencia aérea enemiga? —argumentó el Mayor.

—¡Así es! —Sin embargo, tal parece que no hicieron un excelente trabajo para variar. Habrá que reclamarles —le contestó el oriental.

—¿Creen que nos hayan determinado? —repuso el Mayor al tiempo que volteaba su rostro a fin de poder ubicarlos.

Un conglomerado de nutridos disparos en ese instante empezaron a hacer impacto en la arena, los que se les iba acercando lentamente.

—¡Me parece que eso responde a tu pregunta! —Vamos vira rápido, pero ésta vez hazlo a la izquierda. Quizás podamos llegar hasta aquella vegetación que se divisa ya que al campamento por el momento va a ser un poco difícil —expresó el Mariscal.

—Realmente no entiendo que pudo haber sucedido. Siempre seguí al sol. Es un excelente marco de referencia.

—¿No hubiese sido más atinado el que usaras una sofisticada brújula? —le repuso el capitán.

—Los antiguos mercaderes nunca las ocuparon en sus caravanas.

—Por eso nunca llegaban y los que lo hacían, eran con varias semanas de atraso —expresó el Mariscal.

—¿Por qué no pueden ver lo simple y hermoso que es la vida sin asirse a esa tecnología mundana que enferma y corrompe toda nuestra mente?

—Por todos los cielos, creo que se le fue la mano en sus lecturas —le susurró el capitán al voltearse hacia el Mariscal, quién observaba en ese momento como los aviones empezaban a dar vuelta para volver a atacarlos.

—Vamos apresúrate a llegar.

—Treinta segundos nada más Mariscal —argumentó el Mayor quien realizando una extraña maniobra, condujo al vehículo a través de varias palmeras en donde frenó finalmente delante de varias enormes y extrañas rocas.

Para entonces, ante el asombro de los fugitivos, los aviones extrañamente optaron por dejar caer sus bombas, las cuáles hicieron algunos sonoros destrozos entre un grupo de palmeras que se encontraba un poco más lejos de dónde se ubicaban las extrañas rocas.

—Definitivamente esa acción confirma que nuestros enemigos no son excelentes pilotos de caza —expresó el oriental.

—Estoy completamente seguro de que muy pronto todo el ejército enemigo vendrá hasta este sitio a darle una revisada —exclamó el Mayor.

—¡No lo creo! —Y sí planearan hacerlo sería con un pequeño contingente, ya que conocen de sobra que un movimiento de tropas de gran envergadura puede ser detectable fácilmente por los satélites nuestros —argumentó el Mariscal mientras empezaba a bajarse del vehículo y tras luego de observar el sitio, preparó y prendió su pipa. Al menos tendremos un poco de agua —recalcó finalmente.

—Afortunadamente el vehículo no sufrió daño alguno, podremos irnos cuando así lo estimes conveniente —repuso el Mayor luego de revisarlo cuidadosamente.

—No esperes que te demos las gracias, ya que todo esto es por tu culpa —le contestó Iku-ro.

—Estamos con vida, ¿verdad? —Además, ¿no puedes negar que éste es un bonito lugar?

—Y el cuál no aparece en los mapas, a excepción de que no estemos en dónde creemos que debemos de estar, y eso es gracias a ti —le contestó el oriental al tiempo que observaba con cuidado el mapa y lo comparaba con lo que estaba viendo.

—Definitivamente asombroso —expresó el Mariscal.

—¿El que no aparezca este sitio en el mapa? —volvió a verlo con asombro el oriental.

—¡Por supuesto que no! —Yo me estaba refiriendo a esta extraña piedra tallada con tanta delicadeza. Es sumamente extraño que haya pasado desapercibida, máxime en un sitio que reúne a muchos viajeros.

—Los cuáles en una gran mayoría fácilmente se pueden deducir que son analfabetos, ignorantes, patanes, simples camelleros. El arte tal como lo conocemos le es indiferente por qué no saben apreciarlo —argumentó el Mayor.

—Dame papel y lápiz, voy a calcar esos signos —repuso el Mariscal.

—¿Para qué? ¿Sí es que podemos saber? —le preguntó el oriental.

—Simple curiosidad.

—¿Crees que pueda ser valiosa?

—Hasta tanto no conocer lo que en verdad es y significa Mayor, sería prematuro darte una respuesta —le contestó el Mariscal al tiempo que empezaba a calcar los signos con sumo cuidado..

—¿No te parece que deberíamos entonces de esconder mejor la piedra? —Sólo por sí las dudas.

—Si ha pasado desapercibida todo este tiempo, supongo que puede seguir haciéndolo un rato más. ¡Terminé! ¿Pudiste ubicar ya nuestra posición? —expresó el Mariscal volviendo a ver al Capitán.

—¡Sí señor! —Considero que estamos a lo sumo a veinte minutos de nuestras líneas, al lado contrario hacia dónde nos dirigíamos, o sea hacia allá —argumentó señalando el sitio al tiempo que observaba al Mayor, quién en ese momento se rascaba tranquilamente su nuca.

—¡Ya déjalo! —No hay necesidad de molestarlo —dijo el Mariscal al pasar cerca del oriental. ¿Nos vamos Mayor? —Realmente no deseo ver la puesta del sol con unos cuantos enemigos alrededor.

—Pero sí todavía falta mucho para que oscurezca. Hey... ¡Un momento! —¿Acaso están insinuando que yo... ? ¡Vaya, pero qué falta de confianza y de apoyo! —Pero está bien, ya entendí, y no tienes por que hacerme esa cara Ikuro —finalmente argumentó.

## Capítulo II

—¿Podemos saber en quién vas a confiar para que haga el estudio respectivo de todo lo que hallamos? —preguntó con sumo interés el Mayor. Opino que debe ser bastante reservado pero sobre todo, muy inteligente.

—Sinceramente no tengo aún la menor idea, sin embargo coincido como tú en que debe de poseer un amplio conocimiento sobre la historia antigua de toda esta zona —respondió el Mariscal.

—Yo tengo algunos conocidos que laboran para el museo del Cairo y otros en el de Kuwait —dijo Ikuro. Quizás alguno de ellos puedan ayudarnos.

—Detesto confiar en sabelotodos, más si estos son civiles. Sólo buscan como alcanzar la fama y ver así sus fotos publicadas en los diarios —expresó el Mayor.

—¿Tienes otra idea mejor? —le preguntó Ikuro.

—¡Realmente no!

—Si no me equivoco, me parece que uno de los científicos que fue transferido hace casi dos meses a nuestra división posee un doctorado en historia macedónica —expresó el Mariscal.

—¿A nuestra división mandaron un historiador? ¡Por todos los cielos! ¡Con razón está coalición no ha podido avanzar lo suficiente como para ganar la guerra! ¿Y qué está haciendo ese científico con nosotros? ¿Les está dando acaso clases de alfarería de aquella época a nuestros hombres?

—Trabaja en el Proyecto Shiva.

—¿Y qué Proyecto es ese? —preguntó el Capitán.

—No estoy enterado de todos los pormenores —repuso el Mariscal. Aparentemente es un cañón bastante sofisticado que se puede transformar efectivamente en un instrumento de desplazamiento multifuncional de tropas por medio de ondas.

—¡Vaya, vaya! —Como que el tipo después de todo conoce su oficio. No cabe duda de que sí logra su cometido va a revolucionar definitivamente el arte de la guerra al trasladar las tropas a cualquier lugar sin tener que utilizar ningún medio de transporte de los ya conocidos —repuso Ikuro.

—¡Esa es la idea! —Sin embargo el problema que Roudane últimamente me ha comentado, es que se divierte más cuando habla de su otro proyecto.

—Pero es un verdadero genio. ¿Qué es lo que intenta hacer en esta ocasión?

—Hallar la capa de la invisibilidad.

Tanto el Mayor como el Capitán se miraron entre sí al escuchar la anterior respuesta, al punto que el vehículo en que viajaban comenzó a aminorar su velocidad. Finalmente, el Mayor, volvió su rostro hacia el Mariscal y le dijo:

—Estás bromeando con nosotros, ¿verdad?

—¡Para nada! —El hombre está convencido como los antiguos germanos, de que los elfos o enanos, descendientes del hijo de la oscuridad, podían hacerse invisibles por medio de una capa. Por cierto Mayor, quiero llegar rápido a la base así que sube la velocidad y por favor, ten la vista al frente que no deseo terminar en una bolsa plástica —finalmente le dijo el Mariscal.

—Soy un conductor bastante experimentado, además no hay ningún posible obstáculo a la vista. ¿Saben que creo? —expresó al rato el Mayor —De seguro ese pobre “genio” es fanático de las exageradas películas de hechicería, magia y demonios que abundan en el cine y la televisión.

—Podría ser, sin embargo hay que reconocer que él se ubica en el mismo punto de partida de la leyenda en que se basan los distintos directores y escritores.

—¿No me van a decir ahora que existió esa capa? —preguntó intrigado Ikuro.

—¡Por supuesto que no! —Todo está en la mente imaginativa de algún loco trastornado que inició la leyenda, tal como lo dice el Mariscal, y bien sabes que en este mundo siempre han abundado esos tipos.

—¿Y saben quién inicio lo de la capa mágica? —expresó el oriental abriendo todo lo que podía sus rasgados ojos.

—Está relatado en el Cantar de los Nibelungos. Se dice que el héroe conocido como Sigifredo logra apoderarse de la capa del rey de los elfos, Alberico, la cual va a usar con bastante éxito en infinidad de oportunidades. Desgraciadamente no le ayudó cuando más lo necesitaba.

—¿Qué le pasó?

—Lo asesinaron con una lanza —le contestó el Mariscal.

—Pobre tipo, de nada le sirvió apoderarse de tan valioso tesoro —le argumentó el oriental.

—El no ser visto, no es sinónimo de inmortalidad —repuso el Mayor.

—¿Pero qué sucedió con la capa del rey nilungo?, ¿la logró recuperar el enano, una vez que despacharon al ladrón de este mundo? —expresó el oriental.

—Para su desafortunada suerte, no. Supuestamente desapareció y se llaman Nibelungos para la próxima vez —le contestó el Mariscal.

—Si esa es toda la historia, es una búsqueda infructuosa la que intenta realizar el científico ese —expresó el oriental.

—A excepción de que tenga algo que nosotros desconozcamos —le contestó el Mariscal asomando una leve sonrisa.

—¿Ya lo ven?, ¡estábamos cerca! —No sé cómo no pude divisarlo con anterioridad.

—No será por que pasamos de largo, a unos 40 kilómetros —le contestó el oriental mientras encendía un cigarrillo.

—Intenta contactarte con la base Ikuro. Hay que avisar que hay gavilanes cerca de los gallineros —expresó el Mariscal al tiempo que guardaba con sumo cuidado los dibujos que había calcado.

No pasó mucho tiempo para que el vehículo ingresara a la base.

—Alabado sea la providencia Mariscal, todos estábamos preocupados. ¿En dónde se hallaba?

—Asoleándonos un poco comandante. ¿Alguna novedad en el frente?

—Realmente ninguno. El teniente general Sheerko ordenó que nos detuviésemos en nuestro avance por seis horas así como el cese de la operación mandíbula.

—¿Por qué rayos haría eso? —expresó el Mariscal.

—No quiso referirse al tema y desgraciadamente, usted no se encontraba presente como para preguntárselo —exclamó el comandante.

—Es increíble que le dé tantas oportunidades al enemigo. ¿Encontraron si hay más gavilanes en la zona por lo menos?

—Los norteamericanos una vez que les avisamos, han expresado que eliminaron a todos. Qué nosotros debemos de estar confundiendo los aviones posiblemente con algún vuelo comercial.

—¡Por supuesto! —Los chocolates y confites de lujo que nos lanzaron, de seguro nos fueron obsequiados por ser unos magníficos clientes frecuentes —argumentó el Mayor volviendo a ver a Ikuro, quién empezó a sonreírse.

—¿Fueron atacados? ¿Pero no están heridos? —expresó el comandante un poco asustado luego de escuchar el anterior comentario.

—Para la gran desgracia de los que lo quieren eliminar a él —señalando al Mariscal —aún no —repuso el Mayor.

—El Mayor tiene mucha razón, debe tener mucho cuidado Mariscal. Las fuerzas rebeldes harían lo que fuese por eliminar al que últimamente llaman el Ángel Mortal del desierto. Han puesto una enorme recompensa por su cabeza.

—La que alguien desea cobrar, ya que confirma plenamente que los fundamentalistas hicieron todo lo posible por saber cuál era la ruta que supuestamente debería de seguir el Mariscal para llegar hasta la base —expresó en ese instante el oriental.

—Oh vamos capitán, eso no es posible —repuso el comandante volviéndolo a ver.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó el Mariscal a Ikuro.

—Cuando bajaba nuestros implementos del vehículo, unos se me cayeron. Al recogerlos fortuitamente observé un pequeño aparato que sobresalía en el armazón del vehículo y que al tomarlo para observarlo mejor, me di cuenta de que era un localizador aéreo —el cuál lo colocó sobre la mesa en ese momento. Eso no llegó por accidente, alguien debió de haberlo colocado.

—Pero con este aparato, los aviones que nos atacaron pudieron habernos eliminado fácilmente con alguna bomba dirigida cuando nos guarecimos en aquel sitio —expresó el Mayor observando el objeto detenidamente luego de que el Mariscal lo observase.

—La diosa fortuna nos acompañó. Por casualidad, ¿recuerdan algunas de las piedras que abundaban en la zona? —les preguntó el oriental.

—¡Muy someramente! —le contestó el Mayor. ¿Por qué?

—Habían unas de masas granuladas, de color negro, y todas con un brillo metálico. ¡Una similar a ésta! —expresó el oriental al tiempo que la mostraba y se la lanzaba al Mayor.

—¿Carbón? —repuso el Mayor luego de revisarla y dársela al Mariscal.

—¡No! —Es magnetita, un mineral con magnetismo natural y en tal cantidad debajo del chasis del vehículo que alteró el localizador y por ende la señal que le llegaba a los aviones, lo cual hizo que sus sistemas no pudieran enfocarnos adecuadamente.

—¿Entonces no fue por que tuvieran mala puntería? —expresó el Mayor.

—¡Exactamente!

—Hay que avisar al Alto Mando. Hay un espía en la ciudad —expresó el comandante en ese momento.

—Miles diría yo.

—Estoy hablando en serio Mayor.

—¡Yo también comandante! ¿Acaso no hemos invadido un país en nombre de la libertad de sus habitantes, los que en una gran mayoría desean asesinarlos? ¿Cómo vamos a evitar entonces que no seamos las víctimas?

—Inculcándoles a ellos que van a estar mejor con las nuevas oportunidades que les ofrecemos —le contestó.

—¡Vamos comandante! —No va a creer en todas esas simples y estúpidas utopías que por generaciones, los líderes, políticos o dirigentes han estado abrumando a los pueblos que tienen sometidos, ¿o sí? —expresó el Mariscal.

—Vivimos un nuevo milenio, con otras ideas.

—¡Pero con las mismas palabras! —repuso el Mariscal finalmente al tiempo que preparaba su pipa y la encendía. ¿No hallaste otro localizador? —preguntó luego de expeler una bocanada de humo volviendo a ver a Ikuro.

—No señor y busqué muy bien.

—Lo que indica que no tuvieron mucho tiempo para trabajar en el vehículo.

—El cuál para fortuna de todos nosotros siempre estuvo a mi alcance visual —expresó el Mayor.

—No tenés que decírnoslo. De sobra sabemos como cuidas y adoras a esa futura basura reciclable sobre todas las cosas mundanas —le contestó el oriental.

—Te recuerdo que nos salvó la vida por sí lo olvidaste.

—Y yo te recuerdo que por tu culpa estuvimos a punto de ser eliminados, borrados, erradicados.

—Ya dejen de discutir los dos.

—¡Él empezó! —repuso el Mayor señalando a Ikuro.

—Necesitamos saber en que momento, por cinco o diez segundos, el vehículo estuvo fuera de tu eficiente alcance visual como sonoro —le dijo el Mariscal.

—¡Nunca! —expresó el Mayor. Yo estuve siempre en él y...

—¿Qué fue lo que sucedió? —le preguntó el Mariscal.

—Ahora que lo recuerdo, una hermosa mujer que desgraciadamente trastorné a límites extremos de la codicia sexual, me miró cuando daba la vuelta cerca de la zona donde se hallaba usted e Ikuro. Fue en ese momento en que varios niños que estaban enfrente, corrieron hacia ella, la atacaron lanzándola al suelo.

—Ya no sigas, podemos suponer lo que sucedió a continuación. Tú como buen caballero en su flamante corcel metálico intentaste rápidamente socorrerla, ¿verdad? —inquirió Ikuro.

—Estoy seguro de que hubieras hecho lo mismo si las chicas te miraran como lo hacen conmigo.

—Continua tu relato —expresó el Mariscal.

—Detuve el auto, rápidamente me bajé y sacando mi arma hice algunas descargas al suelo.

—¿Y qué más?

—A lo sumo di cuatro pasos. Fue entonces cuando la mujer de hermosos y soñadores ojos color miel me miró, se puso de pie y levantó su mano para luego marcharse rápidamente. Los niños para entonces ya habían desaparecido.

—¿Y al menos lograste ver el rostro de la mujer perfectamente como para poder reconocerla otra vez? —expresó el Mariscal.

—Bien sabes que todas lo ocultan detrás de esos tontos velos.

—Entonces podrías explicarnos, ¿cómo dedujiste al principio de que era una hermosa mujer, cuando podía haber sido un completo adefesio? —preguntó Ikuro.

—Por mi sexto sentido. Éste nunca me engaña.

—Lástima que no tenga uno para detectar todas las posibles trampas o emboscadas en que a veces se mete —alegó el oriental.

—Si sabían que el Mayor pasaría por ese sitio, lógicamente también conocían que iría por usted —expuso el comandante.

—¡Así es! —Por eso tiene lógica lo que dice el Mayor, existe más de un espía y lo que es peor, dentro del propio Alto Mando quién fue el que solicitó una reunión en esa ciudad con el fin de definir toda una serie de pautas que deberían de implementarse una vez que la capital de este país se rinda.

—Pero lo que está expresando, ¿no es acaso una conspiración para uno de los mejores hombres que tienen los aliados? —argumentó con asombro el comandante.

—Precisamente y al que le tienen un enorme miedo por que consideran que puede llegar a descubrir negros intereses —alegó el Mayor.

—¿Y quién es el que puede estar involucrado?

—Eso es lo que vamos a averiguar comandante. Mientras tanto quiero que ordene que una patrulla revise los límites periféricos de la posición que le va a decir Ikuro —expresó el Mariscal.

—¿Y las órdenes del teniente general?

—Ya nos detuvimos ¿o no? —Estamos realizando una inspección de rutina. Allá él si le gusta o no.

—Será todo un privilegio dar esa orden —expresó el comandante marchándose rápidamente.

—Mayor, busca al científico, el nuevo. Quiero que vea lo que obtuvimos —expresó el Mariscal.

—¿Y en dónde lo encuentro?

—En su laboratorio, cerca de la enfermería.

—¿Puedes llegar sin problema hasta ahí o necesitas un guía? —le dijo el oriental al tiempo que asomaba una sonrisa.

—Muy gracioso.

### Capítulo III

—¿Mandó a buscarme señor? —expresó en ese momento un personaje de cuarenta años, cabello negro, ojos de igual color, cabeza erguida, bastante vigoroso y fuerte, con un aspecto bondadoso y honrado que no ocultaba empero cierta inteligencia y sagacidad.

—La última vez que hablamos —expresó el Mariscal —usted me relataba acerca de su doctorado en historia antigua, la cual no pudo finalizar debido a otros problemas que en ese momento se habían suscitado y a los que necesitaban mi presencia.

—Lo recuerdo muy bien señor como también sé que usted es una persona muy ocupada, es lógico.

—Por favor siéntese. ¿Gusta una taza de café?

—Si no es mucha molestia, con dos de azúcar le manifestó a Ikuro, cuando éste se le acercó.

—¡Vamos al grano! Lo mandé a llamar por que quisiera que observe detenidamente estos bocetos y nos dijera, por supuesto sí lo sabe, su significado —le dijo el Mariscal ofreciéndoselos.

—Será un placer el poder ayudarlo —y tomando los papeles empezó a mirarlos activamente. Pero es increíble, ¿puedo saber en dónde dibujó esto?

—Se podría decir que en un oasis a 30 o 40 minutos de distancia —le contestó el Mayor acercándose.

—¡No, no! —Lo que quise expresar realmente es si estos símbolos que dibujó, ¿estaban en una estatua o en una piedra?

—¿Hay alguna diferencia? —le replicó el Mayor.

—¡En una piedra! —le contestó el Mariscal.

—¿Y no había ninguna estatua cerca?

—A excepción de que ésta fuese muy pequeña —exclamó el Mayor.

—Entre 50 y 60 cm cuando mucho —repuso Roberts.

—Si posiblemente estaba, realmente no la llegamos a observar. Es muy posible que tal vez estuviese oculta por la maleza, ¿por qué? ¿es importante? —expresó el Mariscal finalmente.

—Debe de complementarse con los dibujos que me muestran. Aunque claro, no estoy del todo completamente seguro. Sí puedo decirles que las inscripciones copiadas fueron realizadas alrededor del año 430 antes de nuestra era. Hablan del enorme poder de Cronos y de su investidura más sagrada que usaba para escuchar a los dioses sin llegar a ser visto y que...

—¿Qué más?

—Faltan algunos signos —expresó Roberts al tiempo que empezaba a observar las otras hojas con suma avidez.

—¿Y quién es ese Cronos? —preguntó Ikuro luego de darle el café a Roberts. ¿Algún rey de la localidad?

—Es el dios del tiempo para los griegos, Saturno para los romanos —le contestó Roberts luego de darle las gracias y sorber un poco de café.

—Por casualidad, ¿ese ser que nombraste no tiene relación con lo que llamamos cronómetro? —le dijo el Mayor.

—Así es. De él proviene ese nombre.



—No estoy tan mal en historia. Ahora, ¿qué tan valioso puede ser este descubrimiento?, ¿de millones de dólares?

—Bueno no en esa cantidad.

—¿Miles? —alegó el Mayor.

—Realmente hay que verlo desde otra perspectiva.

—¿Sólo cientos?

—La humanidad estará más que agradecida de ser partícipe de este maravilloso descubrimiento.

—O sea, casi nos hacen desaparecer y realmente todo por nada —repuso el Mayor al tiempo que movía negativamente su rostro.

—Claro, si la estatua sí la hubiese, ésta guarda toda una fortuna.

—¿Adentro de ella?

—¡Por lo que representa! —Quizás sea toda de oro, cubierta de diamantes, zafiros, aunque no es descartable que en su interior pudiese existir algo valioso.

—Habrá que realizar una nueva expedición cuando la patrulla regrese —expresó el Mariscal.

—Espero que me tome en cuenta.

—Descuide así será —le dijo el Mariscal.

—Muy amable. Bien, si ya no me necesita, quisiera...

—¡Por supuesto!

Luego de que se retiró Roberts, los tres se observaron entre sí, fue el Mayor el que rompió el silencio al preguntar:

—¿Qué crees?

—¿Sobre qué? —le dijo el Mariscal desinteresadamente.

—De lo que nos relató el señor Roberts.

—Sinceramente es muy interesante —le contestó aquel. Sin embargo, considero que realmente no nos quiso decir todo lo que aparentemente descubrió en los bocetos que estaba observando. Se notaba en sus ojos.

—¡Y en el movimiento de sus manos! —argumentó Ikuro. Se notaba que estaba sumamente nervioso.

—¿Oh vamos? —¿Qué podría ser lo que no habría querido decirnos? —argumentó el Mayor.

—Lo que oculta la estatua en sí, sí es que ésta existe.

—¿El poder de Cronos? —preguntó el Mayor.

—Yo diría más bien la indumentaria que él usaba para pasar desapercibido entre los dioses y escuchar así lo que ellos hablaban entre sí. Aunque claro, hay que tener en cuenta de que desconocemos las verdaderas fuentes que originaron el relato. Mitología, leyenda o verdad, nosotros escogemos.

—¿Y de verdad piensas volver a ese sitio? —preguntó Ikuro.

—Hay que admitir que tengo ahora un poco de curiosidad en saber como termina esto —le contestó el Mariscal.

—Y con respecto a Roberts, ¿piensas llevarlo a pesar de todas las incongruencias que ustedes percibieron? —acotó el Mayor.

—Ya veremos que sucede cuando ese momento en verdad llegue —repuso el Mariscal con una ligera sonrisa. Mientras tanto, ¿qué tal sí vamos al comedor?, ¡tengo un poco de apetito!

## Capítulo IV

—¿Para que te llamó el Mariscal, Roberts? —preguntó uno de los científicos al verlo llegar al laboratorio al tiempo que le ofrecía una taza de café. ¿Quiere acaso que termines tu proyecto para así llevarse toda la gloria?

—¡Realmente no! —Solo deseaba saber si yo podía descifrar unos símbolos que él encontró al parecer en un oasis.

—Es sumamente interesante lo que estas expresando ya que ignoraba por completo que fueses también arqueólogo.

—¡Así es! —Prácticamente puede decirse que poseo dos profesiones, una totalmente distinta a la otra, las cuáles he sabido alternar afortunadamente para mis propósitos personales.

—Me vas a perdonar, pero realmente no creo que con ninguna de las dos puedas lograr llegar a ser un tipo poderoso económicamente hablando y mucho menos en un árido y desolado sitio como lo es éste. Seremos pronto unas ciruelas pasas si no cambiamos de clima.

—Hay que saber valorar la oportunidad que podemos obtener de estar en un sitio en dónde el dinero fluye a manos llenas, así como también comprender que debajo de todas esas olas de arena que se mecen con el viento, existen incalculables fortunas aguardando por su libertador.

—¿De verdad, estás bien?

—¡Magníficamente! —le contestó Roberts al tiempo que su rostro iba sufriendo una marcada transformación. Sus ojos irradiaban ya una ambición desmedida y a través de sus labios entreabiertos se asomaban sus dientes apretados.

Su interlocutor prefirió rascarse su sien y observar la enorme extensión de arena que se manifestaba hasta el horizonte. Era bastante alto, de mirada audaz, penetrante, cejas muy juntas y espesas. A lo anterior se complementaba una marca horizontal y profunda que prácticamente dividía su quijada.

—¿Conoces por casualidad si existe algún oasis que se halle a unos 30 minutos de distancia? —le preguntó Roberts.

—Escuché no hace mucho que una patrulla de reconocimiento salió hace poco hacia un lugar como el que me estás preguntando. ¿Acaso sabes qué es lo que hay ahí exactamente?

—Además de algunos rebeldes, ruinas.

—¿Si ya sabes todo lo que puede encontrarse ahí para qué deseas saber sobre ese sitio en particular?

—¡Simple curiosidad! —le contestó Roberts. Por supuesto, sí pudiese ir personalmente sería bastante benéplácito para el que me condujera.

—Si hablas de dinero, creo que vamos a entendernos muy bien, ya que el salario que recibo no es el más acorde a mis necesidades, las cuáles son muchas.

—¿Y qué haces para remediarlo? —le preguntó Roberts.

—Lo usual —y mirando a ambos lados para ver si no era escuchado —mercado negro, contrabando, incluso, venta de información.

—¡Quién lo diría! —argumentó Roberts. Te consideraba uno de los más fieles abanderados de la honradez.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

